



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 13910

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la PENÍNSULA: Un mes, 1'50 ptas.—Tres meses, 4'50 id.—ESTRANJERO: Tres meses, 10 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 10 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR, 24

MIÉRCOLES 22 DE ABRIL DE 1908

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Correos postales en París: Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. J. Jones, 31, Faubourg-Montmartre.

Dos días en Murcia

Y de los dos, uno tan solo aprovechado.

Los cartageneros que en el primer tren del lunes abandonamos las comodidades de nuestros hogares respectivos y nos lanzamos á Murcia, deseosos de ver el tradicional y fantástico festejo del Entierro de la Sardina, sufrimos una dolorosa decepción, en el preciso instante que en plena Trapería, aguardábamos contagiados del entusiasmo y de la alegría que se advertía en el público, la salida de este hermoso festival.

A la plaza de Santo Domingo, sitio donde había de organizarse la preciosa cabalgata, acudían ya las bandas de música, vistiendo sus típicos trajes, las comparsas de patos, enanos, peces espadas, mariposas, etc., que debían figurar en el cortejo. Este comenzaba á organizarse, cuando las nubes, que todo el día nos tuvieron en constante zozobra, abriéronse por fin, y sus «catarratas» suspendieron de modo inesperado los preparativos, obligando á aplazar el hermoso festejo, para la noche de ayer, después de corta deliberación de la Junta Sardinera y en vista de que el importuno chaparrón no llevaba trazas de cesar.

Y cesó al fin, cesó á las diez de la noche, cesó á una hora que nada podía celebrarse ya, y nosotros modestos forasteros, condenados á no ver el Entierro, y á no ver por consiguiente los encantadores rostros de las mujeres murcianas, nos refugiamos en el café, en el casino, y allí pusimos de oro y azulá las nubes, que nos habían privado del más deslumbrador de los festejos.

Amsenció ayer. Nuestra primera visita al levantarnos, fue correr al balcón para mirar el tiempo; respiramos satisfechos, lucía el sol en un cielo sin nubes; tendríamos pues Batalla de flores y Entierro de la Sardina. Recobramos nuestro buen humor, y á la hora de bajar al comedor, hasta teníamos mejor apetito.

Y llegó el momento de la Batalla. Confundido entre la multitud que llenaba los alrededores de la Glorieta, ví el desfile de las carrozas,— en una de ellas, admiré la privilegiada hermosura de la que la noche del domingo, fué reina en los juegos florales.— Asistí al disparo de serpentinas y confeti y ví correr las flores. En algunos instantes, lamenté no fuera de veras la batalla. ¡Con qué entusiasmo me habría lanzado al asalto de la artística carroza presentada por el Casino, y que defendían diez hechiceras señoritas...!

Se agotaron las municiones, se agotaron también las fuerzas de las combatientes y terminó el combate, dejando el «campó» sembrado de flores y de papeillos multicolores. Fue preciso volver á la Trapería y aguardar el desfile del Entierro.

Un poco más tarde que de costumbre saltó éste de la plaza de Santo Domingo. No es mi ánimo describir aquí el maravilloso cortejo que cada año gusta más. Las carrozas, las comparsas, las músicas, el «serpentón», monstruo de veinte metros, que «causa pánico» entre la sencilla gente de la huerta, todo lo que constituía el famoso Entierro, era recibido con

grandes aplausos por el público, que ascenderá á unas doce mil ó catorce mil almas, repartidas por las calles de la carrera ¡Hasta para las diosas hubo aplausos y otras demostraciones de simpatía á pesar de ir cubiertas este año con gasas y con ropas!

Desde la Glorieta, donde presencié el sacrificio de la pobrecita «Sardina» al tren que debía restituirme á Cartagena, pensando en el ejemplo tan digno de imitar, que nos ofrece Murcia organizando fiestas brillantísimas que redundan en beneficio de sus intereses, lo contrario que nosotros que á pesar de tener una «Ve a la Martinita» que nos ha dado legítimo renombre, no nos atrevemos á nada por no gastar antes un puñado de pesetas.

José Mencada Moreno.

LA PARRA

(APÓLOGO)

Los dorados racimos de una parra, altivos y soberbios, miraban á las uvas de una viña con el mayor desprecio.

—No queréis compararos con nosotros decían altaneros, observad la marcada preferencia con que nos trata el dueño. Vosotros, á la ori la del camino, humildes y rastreros, del polvo de la sucia carretera estáis siempre cubiertos. Nosotros con dosel de verdes hojas, regalados y frescos, en apiñadas perlas transparentes du ce jugo ofrecemos.

Yaha llegado Septiembre, la vendimia comenzará muy presto, y á nosotros con mimo y con cuidado, vendrán á recogerlos, y entre flores y frutas esquisitas, brillantes luciremos sobre la mesa como rico adorno, en lujoso frutero.

En tanto que vosotros ¡infelices! ireis en hondo cesto al inhumano lagar, donde inclementes os pisotean luego.

—Es verdad—contestaron los racimos del humilde viñedo.— vosotros por nacer en esa altura, gozáis mil privilegios; pero pensad que al fin somos iguales y que si andando el tiempo, un día nos subimos á la parra...

¡Dios sabe lo que haremos!

MIGUEL R. CARRIÓN

PARADOJAS

EL ORO

Los economistas gozan del singular privilegio de saber lo que ignoran los demás hombres. Y es por esta sencilla razón, que las comadres alarmadas observan elevarse fabulosamente el precio de los comestibles, bebestibles y todo en fin lo que se compra y vende, y las poblaciones que organizan manifestaciones de protesta contra el encarecimiento de la vida, son incapaces, no obstante, de decir cuáles son las causas de esta subida de precios general.

Convengamos, no obstante, en que si las conocieran nada ganarían con ello.

Pero, los economistas saben perfectamente por qué la vida es ahora más cara.

Y nos han dicho:

La vida es más cara porque hay más oro circulando por el mundo; la producción ha doblado en el espacio de diez años.

En efecto: diez años há, el stock

mundial del oro era de veinte millones; ahora es de treinta y nueve mil.

Y he aquí las consecuencias: La pieza de oro de diez, veinte ó veinticinco pesetas conserva exactamente su primitivo valor; pero como hay muchísimas más piezas de oro y como la cantidad de productos que se pueden cambiar por tales piezas no ha aumentado en la misma proporción, claro está que es preciso dar más piezas ó fracciones para obtener la misma cantidad de mercancías que obteníamos antes.

Ahora bien ¿A quién aprovecha ó aprovechará este cambio? A nadie, dicen los economistas. El productor vende sus géneros más baratos; pero todo lo que él mismo debe comprar, le cuesta más caro, yéndose sus beneficios por donde vinieron. En cuanto al consumidor, atraviesa una crisis que acabará el día en que se llegue, por el aumento de salarios ó de beneficios, á restablecer el equilibrio entre sus ingresos y sus gastos.

Y lo peor del caso es que siendo un hecho la producción intensiva del oro y el hallazgo de nuevos yacimientos auríferos en los países que se colonizan, crisis como la actual parece se repetirán con frecuencia.

De manera que seríamos cuerdos no buscando más oro; pues cuanto más hallamos, más pobres somos.

Tal parece ser en resumen la conclusión de los economistas.

MAX.

ASUNTOS LOCALES

¡Ese diávolo!

Está visto, nuestra primera autoridad municipal no presta oídos á las quejas de la prensa local, acerca de ese juego tan extendido en Cartagena, y tan peligroso y expuesto para los cartageneros.

Ayer, según nos dicen, un niño fué herido por uno de esos carretes de madera que manos inexpertas lanzan á colosales alturas con incalculable velocidad. Esta desgracia—primera de la serie—ya la profetizábamos nosotros en uno de nuestros números anteriores, al referir las que había causado en Madrid y otras capitales españolas, el famoso «diávolo».

Nada se ha hecho en evitación de que este arriesgado «sport» siguiera

teniendo por teatro de sus hazañas deportivas las calles y plazas de nuestra ciudad; nada se ha hecho para librar á los transeúntes del peligro que á todas horas corren al atravesar por entre esos infantiles jugadores.

Si es cierta la noticia de esa desgracia, parécenos que el Sr. Alcalde accidental, debe aprovecharla para poner coto al furor *diabólico*, prohibiendo su uso en los sitios públicos y dando á los agentes de su autoridad severísimas órdenes, para que recojan los «diábolos» que contravengan estas disposiciones.

La calle de Gisbert.

En lamentable estado continúa la «desgraciada» calle de Gisbert, por la que seguramente no han pasado desde unos cuantos meses por lo menos, ninguno de nuestros ediles.

Transitar por ella, se hace difícil durante el día por las innumerables piedras de todos tamaños que «emaltan» el piso, y por la noche, es empresa más que arriesgada, pues las tinieblas se enseñorean de aquellos lugares, en provecho de los discípulos de Candelas y de las palomas sin nido que allí establecen sus reales.

Ya hace algún tiempo, que haciéndonos intérprete del deseo de los vecinos de la Muralla del Mar, pedimos luz para esta calle tan abandonada, y nuestra petición como era de suponer, no dió ningún resultado. Hoy volvemos á reproducirla, esperando obtener el mismo éxito que la primera vez.

TEATRO-CIRCO

Mañana jueves se celebrarán en este teatro dos extraordinarios espectáculos, por la Compañía Alegria. A las cuatro de la tarde, gran *matinée* parisien, y á las nueve de la noche, la primera función de moda aristocrática, en la que habrá tres *début*, tomando además parte la tan aplaudida troupe Lockfords, las hermanas Marianos, los barristas Jover, y todos los clowns con nuevos intermedios.

Para mayor comodidad del público y facilitar la concurrencia de los vecinos de barrios extramuros, desde mañana se establecerá un servicio de tranvías al terminar el espectáculo de la noche, con destino al barrio de Peral, los Dolores y Santa Lucía.

PIDIENDO INDULTO

Los reclusos de esta prisión aflictiva han publicado una hoja especial bajo el título «El primer centenario de la independencia española» la que contiene una exposición al Rey, pidiendo la gracia de indulto, en conmemoración de la fecha gloriosa próxima á celebrarse.

También figuran en dicha hoja exposiciones de reclusos en los penales de Zaragoza, Oviedo, Madrid y Gerona, suplicando idéntica gracia.

La exposición á S. M. el Rey y la excitación que en dicho escrito se hace al público, son debidas á la pluma del recluso en este penal don Antonio Fernández.

A SU NUEVO DESTINO

En el tren correo de hoy ha salido para Ferrol, en donde tomará el mando del primer Regimiento de Infantería de Marina de guarnición en aquel apostadero, nuestro querido y distinguido amigo don Diego Martínez Arroyo, coronel del indicado cuerpo.

Las simpatías que en esta ciudad goza el señor Martínez Arroyo se han puesto hoy bien de manifiesto, pues á despedir á nuestro paisano han acudido á la estación férrea gran número de amigos y compañeros.

Un buen viaje y una agradable estancia en aquel Departamento deseamos para nuestro antiguo amigo.

REVISTAS Y PERIÓDICOS

En las ciudades alemanas reina en la actualidad gran escasez de habitaciones, á pesar de la prisa con que se construye nuevos edificios. El hecho se debe á que la población aumenta con rapidez y á que el desarrollo de la industria lleva á los campesinos hacia las ciudades. La primera consecuencia de esas carestías de habitaciones ha sido un encarecimiento colosal de los alquileres, y que los propietarios impusieron á los inquilinos condiciones leoninas en los contratos de inquilinato. El «record» de esas condiciones, humillantes y extravagantes al mismo tiempo, lo ha ganado un

LA VISITA MARAVILLOSA 245

metido en los amplios pliegues del traje nuevo del vicario.

«Un hongo negro de fieltro, N. G. T.» 8 ch. 6 pen.

«Un sombrero de copa.» 14 ch. 6 pen. «Sombreros?»

—Sapongo que debe tener su sombrero de copa; —dijo el vicario.—Eso es lo correcto. La forma número 3 parece ser la que mejor se adapta á su tipo. Pero es espantoso el pensar que hay que dejarlo sólo en una gran ciudad. Nadie lo comprenderá, ni él comprenderá á nadie. Como quiera que sea, es preciso. ¿Dónde estaba yo?

«Un cepillo de dientes, un cepillo y peines.»

«Navaja de afeitarse.»

«Medio docena de camisas» (medida). 8 ch. 6 pen.

«Medias» (Zapatillas)

«Dos trajes interiores.» ¡Precio! Pongamos 18 ch.

«Una docena de cuellos» (The Life Guardman.) 8 ch.

«Tirantes» (Oxon Patent Versatile) 1 ch.

—¿Pero cómo va á ponerseles? dijo el vicario.

«Un collar de escautobou, T. Angel, en su cajita.» 9 pen.

—¡Aquellas lavanderas seguramente, no van á dejarle una camisa!